

BIBLIOTECA OLAVE

LEOZ, EL MARINO

NARRACIÓN HISTÓRICA
EN FORMA DE NOVELA

POR

el T. Coronel Munárriz Urtasun

OBRA PREMIADA POR EL PATRONATO DE LA
«BIBLIOTECA OLAVE»
EN EL CONCURSO LITERARIO DE 1929-1930

PAMPLONA
EDITORIAL ARAMBURU
1930

LEOZ, EL MARINO

NOVELA CORTA

BIBLIOTECA OLAVE

LEOZ, EL MARINO

NARRACIÓN HISTÓRICA

en forma de novela

POR

el T. Coronel Munárriz Urzua



OBRA PREMIADA POR EL PATRONATO DE LA
«BIBLIOTECA OLAVE»
EN EL CONCURSO LITERARIO DE 1929-1930

PAMPLONA
EDITORIAL ARAMBURU
1930

6746

NIHIL OBSTAT
LIC. EUSEBIUS SARASA
Censor

Pampilonæ, 10 Octobris 1930

Imprimatur:
THOMAS,
EPISCOPUS PAMPILONENSIS

Illmi. ac Revmi Dni. mei
Episcopi mandato
DR. ALOISIUS GOÏI
Magister Scholæ, Srtus.

401 635

394.772

319

ca 9/198



I

LOS MUCHACHOS DE ESTELLA.

—EL PERRO TRAGALDABA.—BARANDALLA.

Perico de Eguía apartó violentamente la gramática latina, exclamando:

—Yo no sé para qué demontres me hacen estudiar estos latinajos. Ni he de ser cura, ni médico, ni letrado. Soldado he de ser como mis tíos, como mis abuelos, y para ser soldado lo que hace falta es manejar bien la espada y la pica.

Se levantó de su asiento, salió de la habitación y buscó en las suyas a su madre, la cual con la doncella y la criada estaba arreglando un gran armario de ropa.

—Madre—le dijo—ya he estudiado bastante y me voy.

—¿Tan pronto?

—Sí; hoy tenemos que ir a los altos de Belástegui y quiero salir temprano. Que me ponga la Leandra la merienda en un zoquete de pan.

—Anda, Leandra—dijo la señora a la criada—ponle la merienda al señorito.

—¿Qué pondré?

—Un pedazo de jamón. Me basta con eso.

Cuando la sirvienta le dió lo pedido Perico besó la mano a su madre y salió de su casa.

Esta era una de las grandes casonas de la plaza de San Juan en Estella. Casona sobre los arcos de fuertes pilares, balcones corridos de hierro forjado, escudo heráldico de gran atuendo; en el último piso, de ladrillo, una galería formada por numerosos arcos de medio punto, moda llevada a Navarra por los próceres aragoneses del reinado de D. Juan II. Perico, como si tuviera gran prisa, se dirigió a la calle Mayor y entró en un palacio, construcción del siglo XV, de sólida piedra, orlado con el escudo de los Cruzats, aunque entonces la casa pertenecía a un Baquedano y Eguía, tío de Perico.

Por la escalera, también apresuradamente bajaba con su merienda en la mano Antonio Baquedano, primo de Eguía.

Ambos tendrían unos 16 años. Los dos vestían la ropilla propia del siglo XVII; jubón, calzas, gregüescos y graciosa gorrilla; en invierno se añadía a este indumento un abrigo llamado loba, o una capa.

La época en que se desarrollaron los acontecimientos que vamos a relatar era el principio del siglo XVII, reinando la majestad de Felipe III, cuando la gran Monarquía española se tambaleaba víctima de su propia grandeza.

En Estella comienza esta historia.

Los dos primos, Perico y Antonio, salieron del palacio de éste y se dirigieron hacia el santuario del Puig, situado en la vertiente del monte, dominando todo el poblado.

Al principio del Calvario se encontraron con otro muchacho de su edad, Antonio de Subiza, también de familia Hidalga. Éste les dijo en tono de mal humor:

—Chicos, hoy nos vamos a aburrir soberanamente.

—¿Pues?—preguntaron los dos.

—Porque no hay pedrea.

—¡Cómo no! ¿Por qué?

—Porque los seminaristas tienen hoy ejercicios piadosos. Me lo ha dicho la «serora» de San Miguel.

—¡Vaya una tarde que vamos a pasar! ¡Y para esto hemos salido temprano de casa!...

—¡Ahí sube Ladrón de Cegama!—exclamó Subiza—y poniendo ambas manos sobre la boca a guisa de bocina, gritó:

—¡Cegama! ¡Hoy no hay pedreal!

Ladrón de Cegama, allá abajo, hizo un gesto de contrariedad y subió malhumorado la pendiente.

—¡Qué lástima!—exclamó al incorporarse a sus amigos.—¿Qué haremos?

—Cuando vengan los demás decidiremos.

Subieron hasta lo alto del Puig, y como cabras comenzaron a triscar saltando peñas, trepando tapias y dando carreras a tontas y a locas. La fuerza de la sangre que a esa edad pide constante movimiento.

Fueron llegando más muchachos: Román Imberto, Andrés Zabalegui, Carlos de Arteaga, todos hijos de familias hidalgas.

Porque en aquella época de preocupaciones sociales había una gran separación de clases, no entre pobres y ricos, sino entre hidalgos y pecheros, dándose el caso de que entre los hidalgos había quien por ocupar dignamente su puesto en público, no comía muchos días si no le convidaba algún amigo; mientras que en los pecheros había quien podía apalear las onzas de oro ganadas como fabricante de curtidos, de harinas, o como cambiante o comerciante en granos.

Por regla general, casi todos los pecheros se daban mejor trato en sus casas que la mayoría de los hidalgos, fuera de los mayorazgos y de los primogénitos. Los segundones vivían al amparo del hermano mayor, y cuan-

do tenían edad para ganarse la vida tomaban un hábito de fraile, se hacían curas o se alistaban como soldados llevando en su hatillo un ejemplar de la Ejecutoria de Nobleza que le servía, si la punta de su espada o de su pica les ayudaban, para alcanzar una capitania o llegar, a veces, a Maestre de Campo.

Otros tomaban el camino de Malta para ingresar en la Orden de San Juan, pero estos tenían que navegar a su costa y sólo podían hacerlo los hidalgos de posición desahogada. Mientras vivía el padre éste subvenía a los gastos de sus hijos.

En Estella los muchachos talluditos, los que ya no iban a la escuela porque habían terminado los rudimentarios estudios que entonces se enseñaban en aquélla, formaban dos cuadrillas o bandos; una llamada de «reales» la de los hidalgos, otra la de los estudiantes, apellidada de los Comuneros. En la de los estudiantes estaban incluidos los futuros curas y frailes que estudiaban para entrar en el seminario o en algún convento y los que estudiaban humanidades y se preparaban para ser letrados o médicos. En esta cuadrilla se admitían los hijos de comerciantes ricos sin exigirles el antecedente hidalguesco con tal de que fuesen bien vestidos y llevasen en la faltriquera algunos escudos del Rey a falta de escudos de familia.

La cuadrilla de los reales hilaba tan delgado como sus familias en aquella época. Para ingresar en ella, los que iban a residir a Estella como centro importante que se llevaba la cuarta parte de la intelectualidad de Navarra, tenían que tener clarísimos antecedentes de nobleza, dando en primer término antes de ser admitidos, los cuatro apellidos, ni más ni menos que si fuesen a ingresar en las Ordenes Militares de Santiago, Calatrava, Alcántara o Montesa.

Los hijos de Estella no necesitaban esa información porque todos eran conocidos, y cuando llegaban a la edad de ingresar, ya sabían ellos mismos a qué bando les correspondía, si a los Reales o a los Comuneros. También la juventud, reflejo de las preocupaciones de familia, estaba tocada de la manía de creer que sólo los hidalgos podían tener sangre limpia; los demás, sin duda, la tenían de agua de «puntido».

El caso es que en lo alto del Puig se fueron reuniendo aquella cuadrilla de amigos. Se juntaron unos diez y todos llevaban un paquetito con la merienda.

—Me parece—dijo Perico de Eguía—que nos tendremos que comer nuestras meriendas porque hoy no tendremos a «Tragaldabas».

—Sí que es chocante que no haya venido Barandalla—opinó Baquedano.

—¿Queréis que esperemos más?—preguntó Perico.

—Ya que no hay pedrea, no esperemos. ¿A dónde queréis que vayamos?

—¿Os parece—preguntó Manolo Munárriz que era de la piel del diablo—que apedreemos la casa del judío Pelavivos?

—No, no—dijo Eguía con firmeza.—Ya lo hicimos hace tres días y le costó una buena tunda a Barandalla.

—Pues entonces ya que no hay pedrea yo me voy a las huertas; el que quiera que me siga—opinó Munárriz.

—Vamos a las huertas—contestaron varios.

Ya habían comenzado el descenso de la pendiente cuando se oyó un agudo silbido.

—¿Habéis oído?

—Sí; es de Barandalla.

—Pues esperaremos.

Esperaron breves momentos. Uno más impaciente volvió a subir la cuesta y desde allí, gritó:

—¡Eh, Barandalla! ¡Vamos, hombre!

Y sin esperar más echaron a andar. Pronto les alcanzó Barandalla que venía trayendo atado por el cuello a un enorme perro.

Barandalla era un muchachote alto, flaco, con cara de hambre, vestido muy a lo hidalgo para mendigo, muy a lo mendigo para hidalgo. Vestía prendas de buen paño, pero todas viejas, remendadas y rotas. Ninguna le caía bien. Eran prendas que estaban mejor «al difunto», pero en este caso no había tal difunto. Los proveedores de Barandalla eran sus amigos.

¿Cómo aquellos muchachos, hijos de las más linajudas familias de Estella, admitían en su amistad a aquel cuyas trazas eran todas las de un mendigo?

La cosa tiene su explicación. Barandalla había hecho como muchos perros vagabundos a quienes el hambre obliga a arrimarse a cualquier persona que tenga trazas de poder dar de comer. Desde pequeño se había arrimado al grupo de los hidalgos. Estos al principio le menospreciaban, se burlaban, le despachaban; pero él, manso, humilde, callado, se acercaba al grupo y sin mezclarse en él permanecía a la vista. Un día de pedrea, Barandalla se puso a su lado en el combate y tuvo el buen acuerdo de sacar una onda, hecha por él. Con la onda era quien tiraba piedras más grandes y a más distancia. La ocurrencia tuvo éxito. La batalla fué francamente ganada por los Reales, y desde aquél día Barandalla, hijo del pueblo, de familia de humildes artesanos, entró en la cuadrilla de los Reales, se codeó con lo más linajudo de la juventud estellesa.

—¿Como has tardado tanto?— le preguntaron.

Barandalla llegaba jadeante, con gran sobrealiento.

—He venido corriendo—dijo—para no llegar tarde.
¿Sabéis por qué he «tardau»?

¿Ha habido tunda?—preguntó uno en tono zumbón.

—No; es que ha venido el primo de los Eguías.

—¿Nuestro primo? —exclamaron los aludidos.—

¿Cual? porque tenemos varios.

—Aquel que su tío era marino.

—¿Juan Leoz? preguntaron los dos primos.

—El mismo.

—¡Si no sabíamos nada!

—Pues yo mismo he ayudado a subir los bultos del equipaje.

—¿Y quienes han venido?

—Juan, su madre y una criada.

—¿Y a qué casa han ido?

—A la que vivían antes: A la de la Rúa; la casa tocante a la de Fray Diego.

—Pues desde mañana se vendrá con nosotros, y como quiera él hemos de dar combates navales en el río.

En tanto hablaban, los diez habían ido desenvolviendo los paquetes de las meriendas, y mientras hacían caricias al perrazo le daban, por lo menos, la mitad de su ración de pan. Las diez medias raciones se las engulló en un «Santiamen». Llevaba dignamente el nombre de «Tragaldabas».

¿Cómo el famélico Barandalla tenía un perro capaz de comer la producción de una tahona?

El caso merece explicación.

El hermano de Manolo Munárriz era muy aficionado a perros. Un día yendo de caza, vió en un rebaño que pastaba en el campo un perrazo enorme, como no lo había visto jamás. Perro de hermosa estampa, pero estaba flaco, en los verdaderos huesos. Perico querien-

do ser poseedor del más hermoso perro de Navarra, propuso al pastor que se lo vendiera.

—¿Cuánto me das por él?—preguntó el pastor.

Perico no disponía de mucho capital y no podía hacer un ofrecimiento en grande. A conciencia de que valía mucho más, contestó:

—No llevo más que un ducado....

—Bueno; pues llévate el perro.

Lo que produjo una agradable sorpresa a Perico. Acarició al animal, le dió un zoquete de pan que llevaba en el morral, le puso una soga al cuello y se lo llevó. El perro le siguió dócilmente. Seguía al pan. Estómago agradecido.

Toda la familia de Munárriz era aficionada a perros; así, pues, el «León» que así le llamaba el pastor, fué bien recibido en la casona de la calle Mayor, solar de los Munárriz.

Durante la cena fué el perro obsequiado con buenos pedazos de pan y algunos huesos. Después de cenar le encerraron en el almacén de granos que tenían en la planta baja.

Al siguiente día vieron que un barril de aceitunas que estaba en un rincón había sido derribado; el líquido estaba por el suelo, pero las aceitunas no.

—¡Se las habrá comido el perro!

—Este perro tiene hambre atrasada—dijo el padre de los Munárriz. A ver si le cuidáis bien.

Se le trajo un pan de tres libras sólo para él; además se le daba el sobrante de la cocina y todos los huesos.

La segunda noche que pasó en el almacén no había aceitunas pero rompió un saco de garbanzos y notaron que faltaban varios kilos. ¡El perro había comido los garbanzos!

Acordaron deshacerse del perro. Perico quedó en-

cargado de llevarlo a Pamplona donde tendría fácil salida. Aquella misma mañana entró en el almacén un mozo de otro almacén quien al ver al perro exclamó:

—¡Qué perro tan hermoso! ¡Si yo tuviera uno así!

—¿Para qué lo queréis?

—Para guardar mi casa, porque vivo en las afueras y como a veces queda la casa sola, cuando mi mujer viene a Estella a algún recado, sería un buen guardián.

—Si es para eso lleváoslo.

—El hombre se llevó el perro más contento que si le hubiesen dado una Encomienda. Al día siguiente volvió con el perro al almacén diciendo:

—Aquí dejo el perro. No lo quiero.

—¿Por qué?

—Porque ayer lo dejamos en la cocina que está en la planta baja para que guarde la casa. Cuando volvió mi mujer halló la cocina en desorden, la mesa en el suelo y señales de un saqueo como si hubiesen entrado argelinos o turcos. Del techo faltaba una longaniza, una ristra de chorizos, un pan de tres libras y...

—¿Aún más?

—Sí; aún más. Una bandolera de cuero que tengo por mi cargo de guarda en las ferias ¡se la había comido!

—¡La bandolera!

—Sí; la bandolera. Sólo dejó la chapa de bronce. Ahí dejo al perro.

Y lo dejó.

—¿Qué hacemos con él?—preguntó el padre de los Munárriz.—Me da lástima abandonarlo.

—Ya sé yo a quién le gusta—dijo Perico.

Perico habló con uno de los Eguía quien aceptó el perro con mil amores; pero hizo tal destrozo en la des-

pensa de la casa que fué echado a cajas destempladas.

Y de casa de Eguía pasó a casa de Ecala, de la de Ecala a la de Irujo, después a la de Urra, luego a la de Ladrón de Cegama, a la de Ganuza, a la de Arteaga; y así fué corriendo casas y casas y de todas lo echaban ¡por tragaldabas!

¿Qué hacer con el perro? ¿Matarlo? No; todos se habían encariñado con él por lo noble que era; pero nadie lo quería en su casa por oposición de la familia.

Y cargó con el perro el pobre Barandalla. ¡El hambre con la gana de comer!

La familia Barandalla tenía un pequeño corral en la Rúa; allí pernoctaba el perro. Allí no podía comer como no fueran las piedras o las ortigas que se criaban.

Pero los amigos de Barandalla tomaron una decisión que les honraba. Todos los días sacarían sus meriendas a la calle y darían la mitad del pan al perro... y parte a Barandalla, que bien lo necesitaba. Porque Barandalla no sería condenado en el cielo por el pecado de la gula. No sabía lo que era sentarse a la mesa para comer o cenar, ni sabía que hubiese casa donde tal cosa se hiciese.

Barandalla vivía de milagro, porque tenía un padrastro que así se acordaba de su mujer, la madre de Barandalla, y de su hijastro como del Preste Juan de las Indias. Todos los hombres tienen alguna afición y el padrastro de Barandalla tenía una que absorbía todo su tiempo disponible y todos sus recursos. Sin conocer a fondo la Historia Sagrada era devoto entusiasta de los productos de un personaje bíblico. De Noé.

No había taberna que se inaugurase (y en Estella los cosecheros las inauguraban con frecuencia) que pasase inadvertida para «Tragapintas» que así lo llamaban.

Si en Estella, si en Navarra hubiera muchos como

«Tragapintas» la industria del vino sería la más floreciente. He aquí a «Tragapintas» protegiendo una industria nacional.

Pero nos hemos olvidado del perro y de sus amigos. Aquella cuadrilla se dirigió al llano y entróse por las huertas. Era el mes de septiembre y los frutales estaban cargados de fruta en sazón que decía, ¡comedmel, especialmente a Barandalla a quien se le hacía la boca agua.

Cuando iban a las huertas o a las viñas era cuando el pobre Barandalla sacaba la tripa de mal año.

Todos sus amigos tenían huertas y viñas. En la de Urra, comieron melocotones; en la de Baquedano, manzanas reinetas; en la de Irujo, peras de agua; en otra melones; en todas escogían lo mejor. Por cierto que la mayor parte apenas probaban la fruta—es que estaban nutridos;—en cambio Barandalla no se saciaba.

¿Y el perro?

También, también sacaba la tripa de mal año. Toda fruta que tiraban apenas mordisqueada iba al «colco» del perro.

Ya iban de retirada cuando desde un altozano vieron en una huerta tapiada varias matas de melones. Y como la fruta del cercado ageno siempre ha sido mejor que la del propio, todos convinieron en que aquellos melones eran mayores y tenían pinta de ser mejores que los que habían comido.

—¡Qué lástima!—dijo Perico Eguía—que esta huerta no sea de alguno de nosotros. ¿Sabéis de quién es?

—¿Esta?—dijo Ganuza—es del cambiante que llaman «Bolsavieja».

—¡Andal! ¿De ese judío?

—Sí, de ese miserable que nunca dá una limosna.

—Entonces, quien roba a un ladrón.....

—Lo malo es que tiene tapia.

—¡Bah! Poco importa. Barandalla la saltará.

Y Barandalla que estaba para todo, saltó la tapia y por encima de ella les dió el mayor de los melones. Iba a coger el segundo cuando, desde un rincón de la huerta, donde había un portillo que daba al río, apareció un hombre, gritando:

—¡Ah ladrón!, ¡ladrón! ¡ladrón!

Barandalla de un salto se puso encima de la tapia al mismo tiempo que en su misma cabeza, desprovista de gorro y sombrero, daba un gran terrón arrojado por el dueño de la huerta. Aturdido por el golpe cayó al otro lado, gracias a que sus amigos amortiguaron el golpe. Todos echaron a correr llevándose el melón y a Barandalla, mientras Bolsavieja gritaba desde la tapia:

—¡Granujas! ¡Ladrones!

Cuando perdieron de vista a Bolsavieja se detuvieron, miraron la cabeza de Barandalla, y uno exclamó:

—¡Qué chichón tan hermoso! Es casi tan grande como el melón.

Todos rieron, incluso el «propietario» del chichón.

Abierto el melón, los mocetes quedaron decepcionados. Era peor que los que habían comido sin riesgo y sin cometer una mala acción.

Baquadano propuso a sus compañeros que entre todos reunieran el importe del meloncito y lo entregaran a un pobre.

—¡Más pobre que Barandalla!—opinó uno.

—Es verdad. Pues que sea para Barandalla, pero con la condición de que lo entregue a su madre.

Todos conformes, reunieron los maravedís que calcularon valía el cucurbitáceo y lo entregaron a Barandalla, que dió por bien empleado el coscorrón.

II

LA VOCACIÓN DE JUANICO LEOZ. LAS MARAVILLAS DE IRACHE.

Ya sabemos por Barandalla que Leoz y su madre habían hecho su estancia en la calle de la Rúa—así lo dicen en Estella y hay que perdonar el pleonasma—La casa, construcción del siglo XIV, tiene para entrar un portalón de arco apuntado, de grandes dovelas y encima de la clave el escudo de los Leoz. Su propietaria en usufructo era D.^a Juana Eguía, abuela de Juanito Leoz.

Vivía la abuela, muy anciana, con una hija, María del Puig, solterona, nada moza y una criada que nació en la casa, en tiempo de Carlos V. La abuela chocheaba porque su nieto llegase a obispo y el objeto principal del viaje era que Juan fuese encauzado hacia el camino de la Iglesia por un sabio sacerdote, el padre Salinas, especialista en lo de incubar futuros obispos, aunque de presente no se conocía ninguno.

Por raro contraste, la solterona hija de D.^a Juana, soñaba con que su sobrino fuese Maestre de Campo o Almirante y tenía un hondo pesar de que llegase a vestir ropas talaras. Mas buena hija, no quería contrariar a su madre y se pasaba el tiempo pensando en cómo se podría conseguir que Juanito se dedicase a las armas.

El padre de Juanito había sido abogado de las Audiencias Reales. Tuvo tantos quebraderos de cabeza interpretando intrincadas leyes, laberínticos fueros y mo-

nótonas pragmáticas, que murió relativamente joven, por lo que la familia no quería más papeleo curialesco.

D.^a Juana tenía la obsesión de la Iglesia, recordando con orgullo el caso de su tío abuelo, el Venerable Padre Esteban de Eguía, el cual, después de repartir su saneada hacienda entre los pobres, había marchado a pie en peregrinación hasta Roma; de Roma pasó a Jerusalén, y a la vuelta buscó con ansia a Ignacio de Loyola; le encontró en Venecia y fué uno de sus más adictos y entusiastas soldados, muriendo en olor de santidad.

Quería D.^a Juana tener un obispo en la familia para que moviera en el mundo cristiano la historia del Padre Esteban de Eguía, hasta verlo en los altares.

La viuda de D. Juan de Leoz, madre de Juanico no tenía voluntad. La muerte de su marido le había dejado en precaria situación y había ido a la casa de su suegra dueña en usufructo de la casa de los Leoz. No era estellera, pero había hecho grandes estancias en la arquitectónica ciudad del Ega, donde hallaba más comodidad y más atractivo que en su tierra. A esto obedecía el último viaje realizado. Iba a vivir definitivamente en Estella, por lo menos mientras su hijo no fuese obispo de alguna diócesis, porque no era menos lo que la madre y la abuela esperaban de la carrera eclesiástica del mocete.

Pero «una piensa el bayo...» Juanico no había sido consultado acerca de su vocación. Juanico no sabía una palabra de los proyectos de sus ascendientes femeninos; pero el mismo día de su llegada, su tía, aprovechando unas visitas de salutación que entretenían a madre y abuela, cogió por su cuenta a Juanico y le preguntó enseñándole varios retratos al óleo que pendían de las paredes:

—¿Ves esos retratos?

—Sí.

—¿Sabes quiénes son?

—Uno mi padre, los otros mis tíos.

—Sí; el que está vestido de golilla es el de tu padre; el clérigo es un futuro santo, Fray Esteban de Eguía. Aquel que tiene la cara partida por una gran cicatriz es nuestro tío el capitán Pedro de Eguía que en el sitio de Amberes recibió tres graves heridas y murió valientemente en la jornada de Argel; y aquel otro con la venera de San Juan, Pedro de Leoz, hermano de tu padre que murió en una empresa contra el turco. Tu ¿cuál de esos querrías ser? Cura, Marino, Capitán, Letrado?

—Yo marino. Yo quiero viajar mucho, ver mundo...

Te advierto que tu madre y tu abuela quieren que seas cura.

—Si quieren que sea cura, os aseguro tía, que antes de cantar misa me escaparé a un puerto y seré marino.

—Bien, sobrino; así me gusta. Serás marino. También tu primo Perico va a serlo. El año próximo irá a Malta a hacer el noviciado, con él irás tú.

—Es que no quiero ser de Malta.

—¿Por qué?

—Yo quiero viajes más largos. Los de Malta no salen del Mediterráneo. Yo quiero viajar a las Indias.

—Muy bien, sobrino, muy bien; pero tu abuela está tan ilusionada con la carrera eclesiástica, que sería para ella una gran contrariedad una negativa en redondo. Cuando te hable de eso pídele tiempo para pensarlo; yo te ayudaré, y con el tiempo solucionaremos el asunto a tu gusto.

En aquel momento por el pasillo que conducía a la habitación donde estaban Juanico y su tía se oyó bulliosa algazara y voces juveniles que preguntaban:

—¿Dónde está el primo?

Se abrió la puerta y entraron de sopetón Perico de

Eguía y Antonio Baquedano, los cuales se echaron a abrazar a Juan de Leoz diciéndole:

—¡Otra vez por aquí Juanico!—y a la tía. Y vos tía ¿cómo estáis?

Y comenzaron los dos un tiroteo de preguntas a Juan y a su tía sin más objeto que soltar la verborrea de los muchachos que se ven tras larga ausencia.

—Nos han dicho en casa que vienes dispuesto a estudiar para cura. Dijo con seriedad Eguía.

—Así quieren—contestó con cierta indiferencia.

—Así quieren, así quieren...—replicó desdeñosamente Baquedano, pero tú no querrás, ni nosotros queremos, ni....

La tía interviniendo misteriosamente y llevando un dedo a los labios:

—Ni yo quiero.

—¡Bravo, tía!

—¡Bravo, tía! Ya tenemos una aliada.

—¡Callad, por Dios! Por ahora no conviene llevar la contraria a mi madre. Juanico no será cura.

—¡Con lo que le gustan las chicas!—exclamó con retintín Baquedano.

—¿Es cierto eso?—preguntó con admiración María del Puig.

—¡Qué habladores sois! Tanto me gustan a mí como a ellos. Porque dije que es guapa la Petra Carrasco...

—Sí, pero no es de tu clase—advirtió la tía.

—¡Qué tiene eso que ver para que sea guapa!

—Bueno, bueno.—dijo cortando la conversación Antonio.—Hemos venido para que demos una vuelta por ahí.

—Pues vamos.

Se despidieron de la tía y se echaron a la calle. Para celebrar la venida entraron en una botillería y tomaron

algunas rosquillas y tortas de miel que remojaron con un vaso de vino rancio. Con treinta maravedís salieron del paso. Después deambularon por las calles y plazas y al pasar por la calle de la Lechuga uno de sus primos le dijo dando un codazo a Juanico:

—¡Mírala!

—A mí qué me importa—contestó este, pero al mismo tiempo echó un vistazo a una tienda de calzado. A la puerta una mocita sentada en un taburete cosía con afán zapatillas. Levantó breves momentos la cabeza y mostró un rostro de maravillosa hermosura. Leoz no pudo menos de exclamar: Sí que está guapa.

—Te gusta ¿eh?

—Hombre, no fastidiarme. También a vosotros os gusta más que una fea.

—Eso... Claro.

—Pues ya veis.

Salieron por el puente de Logroño; subieron a la peña de los castillos y se metieron por una puerta que debió ser antigua poterna de la fortaleza. Para verla mejor tuvieron que separar varias ramas de zarzamora que obstruían el paso.

—¡Tomal—exclamó Leoz—¡Si está cegada!

—Es verdad—afirmaron sus primos—se conoce que ha habido un desprendimiento de tierras.

—Entonces ya no se puede bajar por el subterráneo hasta el río.

—Si el desprendimiento es pequeño con poco trabajo se podría dejar libre el paso.

—¿Para qué? Ya no tiene objeto puesto que del castillo sólo quedan ruinas.

Pasaron por Santa María; subieron a Santo Domingo donde saludaron a un fraile pariente de ellos, quien les preguntó:

— ¿Por fin qué carrera vais a seguir?

— Yo a Malta—contestó Eguía.

— Yo a Flandes—dijo Baquedano.

— Yo a Indias—fué la contestación de Leoz.

— Y la Iglesia ¿dónde dejais?

— Ocho tenemos en Estella—dijo Eguía con cierta ironía.

— Valientes, os tira la guerra, pero si supiérais lo que se sufre.

— Pues todos nuestros antepasados llevaron esos caminos.

— Es verdad, es verdad; pobrecillos.....

Dejando al fraile pasaron a la iglesia del Sepulcro; besaron el pié del antiquísimo Cristo; magníficas casas góticas formaban casi toda la calle.

— Mi padre decía que aquí estuvo la judería—dijo Baquedano.— Esta gran casa fué de un banquero o cambiante.

— Como que dicen que Chávarri el albañil se hizo rico con lo que encontró al derribar las paredes para aprovechar los materiales. Esas casas de atrás que están en ruinas eran de familias moriscas que al salir de España las dejaron abandonadas. En una de ellas está el corral de Barandalla.

— Qué, ¿sigue tan infeliz como siempre?

— Igual. Su padrastro cada día más borracho y él más habilidoso. Como ha recorrido tantos talleres entiende de todo, pero por culpa de su padrastro en ninguna parte hace asiento. Acabará en soldado.

— Es el mejor camino que puede tomar si no es miedoso.

— No, miedoso no es.

Al enfrentarse con la calle de San Nicolás preguntó Perico de Eguía a Juanico de Leoz:

—¿A dónde quieres que vayamos?

—A cualquier parte.

—Puesto que tenemos tiempo de sobra te parece que vayamos a Irache.

—Buena idea. Hace más de dos años que no he estado allí.

Se dirigieron hacia el nombrado y famoso Monasterio al que llegaron al cabo de media hora. Después de orar breves momentos en la iglesia salieron y se encaminaron a la portería con propósito de visitar el claustro. El hermano portero era un estellés entusiasta del Monasterio. Cuando supo la pretensión de los mocetes exclamó:

—Gracias a Dios que hay muchachos de Estella capaces de apreciar el mérito de este claustro maravilloso. Entrad, entrad, que hace más de un año que no ha venido un navarro con esa pretensión. A la iglesia sí, vienen a millares, se comen los santos, especialmente nuestra queridísima Virgen y las reliquias de San Veremundo. Muy bien que lo primero dediquen su cariño a lo religioso, pero esta maravilla (señalando los capiteles y las ornacinas) esta maravilla ¿no vale la pena de perder unos minutos?

Mirad, mirad que manos tan maravillosas han trabajado aquí, parece que los escultores eran ángeles, porque esos grupos de la pasión podrían ocupar dignamente un puesto en el Vaticano de Roma.

—También aquí están bien, hermano, replicó Eguía.

—¡Y tanto! He hablado del Vaticano como comparación. Allí hay cosas más en grande y por eso lucen más.

—¿Y quién trabajó estas maravillas? preguntó Leoz.

—¡Quién ha de ser! El maravilloso Ancheta, Miguel de Ancheta que vino de Roma y de Florencia hecho un

maestrazo. La lástima es que por atender a trabajos que tenía en la Catedral de Pamplona no pudo hacer todo lo que la Comunidad quería, y sólo dejó dos o tres relieves en la pradela del altar mayor.

El entusiasta fraile hasta llevó una pequeña escalera para que los muchachos se fijaran en preciosos detalles que desde el suelo no se podían apreciar: Un ropaje, una cara de dolor, una postura mística....

—¿Y todo esto lo hizo Ancheta?—preguntó Leoz admirado.

—Todo no; él hacía con una facilidad pasmosa el dibujo, el boceto; sus discípulos, pocos pero buenos, esculpían las figuras y Ancheta daba los últimos toques de perfeccionamiento. Con Ancheta no tenemos que envidiar los navarros a otros países en escultura religiosa.

—Sí, pero muerto él...

—A Dios gracias aunque murió Ancheta dejó un discípulo digno de él: González de San Pedro, hijo de Cabredo, que labró los altares de El Busto, de Lapoblación y parte de los de Genevilla y Armañanzas, verdaderas maravillas.

Del claustro pasaron a la grandiosa huerta, cuidada con tal esmero que apesar de estar en la falda norte del Montejurra, tenían naranjos y limoneros. Para preservarlos de los fríos vientos de la sierra de Andía habían hecho tupidos tapias de pinos, abetos, tuyas y otras coníferas de espeso ramaje. El emparrado era también magnífico y pudieron probar diez variedades de moscateles y uva blanca.

En la parte más alta de la posesión habían captado varios manantiales de agua y por bien combinadas acequias y tuberías tenían riego para todo su extenso campo. Así cogían ricos y abundantes frutos, que bien vendidos servían para remediar muchas necesidades en

épocas calamitosas. Los productos de inferior calidad que no tenían fácil salida, eran repartidos a los numerosos pobres que pasaban por el Monasterio en la seguridad de ser remediados.

Como despedida el obsequioso hermano dió a cada uno una rosquilla y una copa de vino generoso, hechura de la Santa casa. Cuando supo que los tres estaban para ir a Flandes, a Malta y a las Indias les abrazó con entusiasmo diciendo:

—¡Valientes navarros! La espada en una mano y la cruz en la otra. ¡Bravo! ¿Veis qué alto está ese castillo de Monjardín?—y señalaba el elevado que se veía desde Irache—Pues así subísteis vosotros, con la cruz y con la espada.

—No, hermano—le interrumpió Leoz con inocencia—cuando subimos a Monjardín fué a cojer nidos y...

—¡Te doy una chapada!...—le dijo sonriendo el fraile.—Yo me refiero a vuestros antepasados cuando conquistaron ese pico de los moros en tiempo de Sancho... de Sancho..... ¿Qué Sancho fué?

—Yo he oído de un Sancho Panza—dijo ingenuamente Baquedano que no estaba muy al tanto en historia.

—¡Otra que te pegol—exclamó el fraile.

—Sería Sancho el Fuerte—opinó Eguía.

—No, el Fuerte no era. Fué antes, mucho antes.

--Entonces Sancho el Flojo.

El fraile dió un paso atrás, se cruzó de brazos, miró de hito en hito a los tres muchachos y entre malhumorado y paternal les dijo:

—Voy a terminar por echaros a patadas de aquí. Uno que a cojer nidos, otro que Sancho Panza, otro que Sancho el Flojo...—y dándoles palmaditas cariñosas en la espalda terminó diciendo:—Marchaos, marchaos; no me tentéis la paciencia.

Los chicos se marcharon riendo y llegaron a Estella. En la calle Mayor al pasar por una tienda de herbolario, Eguía dijo a Leoz:

—Ahí dentro, en esa tienda, está Martín de Arizala. ¿Te acuerdas de él?

—¿Aquel que quería domesticar grillos?

—El mismo.

—¿Se ha metido a herbolario?

—¡Qué herbolario! Mayores pretensiones tiene. Quiere ser médico.

—Si no quería estudiar nada....

—No importa, pero es listo. Estuvo de criado con el médico Muneta y dice que es lo más fácil del mundo. Muneta apenas tiene estudios y tiene fama de buen médico. ¿Sabes cuál es su método?

—No sé una palabra de medicina.

—Tampoco Arizala y en cuanto tenga veinte años va a ejercer la profesión como Muneta. ¿Que un enfermo está gordo y colorado? Una sangría, una lavativa y cinco días de dieta a caldo de verduras. ¿Que es flaco y débil? Descanso, mucha cama y que coma lo que quiera si tiene apetito. ¿Que tiene calentura? Agua por fuera y agua por dentro. Y de ahí no sale.

—Y en caso de heridas, de rotura de un brazo o de una pierna?

—Las heridas las cura con agua, vinagre y sal. Si hay rotura, entablilla el miembro roto; y un mes o dos meses de descanso. ¡Y hace buenas curas! Se le mueren quizás menos que a los demás; y cuando se le muere algún enfermo con decir que el hombre está condenado a morir, que no somos eternos, sale del paso perfectamente.

Había oscurecido y decidieron entrar en los arcos de la plaza para ver las chicas que por allí paseaban. En

una esquina se encontraron con Barandalla que tenía un envoltorio en una mano.

—¿Qué tienes ahí? le preguntaron.

—Un regalo para Bolsavieja.

—No querrás tirarle una pedrada.

—No, pedrada no, pero me tiene que pagar lo del chichón.

—¿Y qué llevas ahí?

—Pez para Bolsavieja.

—¿Qué ¿come pez ese judío?

—No es eso; tengo un plan. Bolsavieja se sienta en aquel banco todas las noches. Yo pongo la pez en el asiento y allí lo tengo pegado como un «murciágalo»

Y diciendo se fué a un banco, se sentó, extendió la pez con ayuda de una piedra y se unió a sus amigos.

Poco después cerraba el tenducho de cambiante Bolsavieja y con exactitud matemática fué a sentarse... encima de la pez. Un amigote suyo, de tan pocas simpatías como él estuvo haciéndole compañía cerca de media hora, hasta la hora de cenar, en que se levantaron.

Es decir, se quisieron levantar, pero cuantas tentativas hicieron les resultaron infructuosas. Se dieron de cuenta lo que les pasaba y pusieron el grito en el cielo. Acudió gente, y entre risas y cuchufletas y bromas que les supieron a regalar, pudieron despegarles del banco.

A los pantalones de Bolsavieja y de su amigo, un sastre tuvo que abrirles ventanas con paño de diferente clase.

Ventanas en la parte trasera.

III

LA ABUELA TERRIBLE.—EL ALFEREZ ERASO.

LA BODA DE LA CARRASCA.

Doña Juana de Eguía, abuela de Juanico de Leoz, tenía más de setenta años. Era sorda y bastante corta de vista, de genio irascible, terca como una mula resabiada. Al decir de sus parientes de alguna edad, en su juventud tuvo excelente carácter; es posible que la sordera contribuyera a agriarlo.

Los sordos tienen muy afinado el sentido de la vista para comprender por el movimiento de los labios lo que hable su interlocutor, pero la hija y el nieto de doña Juana sabían que esta cualidad no la poseía la anciana, por cuya razón podían, al hablar con ella, para no mentir y no tener ese pecado sobre la conciencia, contestarle francamente lo que pensaban, pero en forma que ella creía era de acuerdo con su gusto y con su imperativo modo de pensar. Porque María del Puig y su sobrino Juanico sabían que el contrariar francamente a la anciana era provocar un conflicto que podía terminar con un ataque de nervios.

Doña Juana salía poco de casa. Sólo las fiestas de guardar iba a cumplir sus deberes religiosos. Se pasaba todo el día repasando las cuentas de su rosario o haciendo trabajos de aguja para lo que tenía prodigiosa agilidad. Su especialidad eran las calzas y medias calzas de que la moda de entonces hacía gran consumo.

Todavía no había entrado el invierno; aún la temperatura fuera de los días de lluvia, era muy agradable en los campos estelleses, y sin embargo en algunas casas donde no daba el sol, sobre todo en los pisos bajos, la mayor parte de las familias pudientes encendían el clásico brasero. Hay que reconocer que los braseros en Estella daban un calor muy suave porque estaban alimentados con los residuos de los trujales. Estella abundaba en olivares; era en Navarra uno de los puntos de mayor producción de aceite.

Estaba D.^a Juana sentada al brasero en su cuarto de trabajo, que también era el de recibir sus visitas; un cuarto del primer piso de la Rúa Mayor, que orientado al mediodía no recibía las caricias del sol al caer la tarde, que es cuando conocemos personalmente a la dueña usufructuaria de la casa.

El cuarto era pequeño, amueblado sin pretensiones, al gusto de una casa de hidalgos de mediano pasar; un arca o cucha tallada con dibujos geométricos, un armario bargueño con muchos cajones y decorado con incrustaciones de nacar, un cuadro al óleo, bastante malo, representando a la Virgen del Puig, cuatro sillas, un sofá, y en el centro una caja redonda, fuerte, claveada, que servía para el brasero de bronce. D.^a Juana se sentaba en un sillón frailerero con su labor favorita de aguja. Como un reo ante un juez, Juan de Leoz estaba sentado frente a su abuela. A ambos lados su madre y su tía.

—Ya es hora—decía con voz estridente la abuela—de que sientes la cabeza y entres en la formalidad y en el buen camino, y el mejor camino para salvar tu alma es el de la Iglesia. Basta de maldades, basta de locuras impropias de un muchacho de buenas costumbres.

—Pero abuela.....

—Sí, tú fuistes el culpable; por tu causa me quemé el dedo.

—No fué para tanto.....

—¿Que serás santo? Me alegro; ese buen propósito me reconcilia contigo. ¿De modo que te gusta el sacerdocio?

—El ser soldado mucho.

—¿Mucho? Así me gusta: para ser sacerdote hay que tener vocación.

—Me muero por manejar las armas.

—¿Encauzar las almas? Bien, nieto, bien. Te perdono aquella otra maldad, cuando me cambiaste el vaso de leche por agua y blanqueada con harina.

—Fué en día de Inocentes...

—¿Que eras inocente? No mientas, que tú fuiste, me lo dijo la criada.

—Qué cosas sacáis a colocación.

—¿Que te conceda el perdón? Ya te lo he concedido. Lo esencial es que quieras ser sacerdote. Yo no puedo ocuparme de esas cosas. Tu tía correrá con todo—y dirigiéndose a la madre de Juanico le dijo con tono de convicción—¿Ves cómo tu hijo no se opone al sacerdocio? ¡No faltaba más! ¡Un mocoso oponerse a mi voluntad!

La madre de Juanico, aleccionada por su cuñada no replicó y así la iracunda anciana quedó tranquila y satisfecha de que su «orden y mando» se obedecía humildemente. Pero cuando terminó la entrevista, porque la abuela acabó por quedarse dormida, la madre de Juanico le preguntó con severidad:

—¿Qué era lo que decía la abuela de que le quemaste los dedos?

—¡Bah! una tontería. Que un día de Inocentes, a la vela de cera que la abuela encendía todos los días en el

oratorio, le quité el pábilo y le puse un clavito en su lugar. La abuela quiso encender la vela con una lamparilla y al ver que no ardía intentó estirar el pábilo con los dedos y como era hierro y estaba recalentado..... se quemó un poco.....

—¡Ya ves cómo se ha puesto!

—¡Si entonces no se enfadó; lo tomó a bromal

La tía, de acuerdo con las familias de Perico Eguía y Antonio Baquedano, habló con el alférez Eraso, un valiente veterano, maestro de esgrima y de gimnasia, que se ganaba la vida preparando para el ejercicio de las armas a los muchachos de familias hidalgas de la Merindad estellesa.

Su escuela era endurecerlos con ejercicios de fuerza y de destreza, caminatas a pie y a caballo, manejo de espada y lanza de doble peso que el ordinario, y del mosquete de carga tan difícil. Vivía en una casa de campo rodeada de tapia. La puerta de la casa estaba clavada y para entrar en ella había que saltar un foso de dos varas, trepar por una cuerda a un árbol, del árbol, colgándose, a una escalera horizontal se entraba en la casa por un hueco situado a dos metros de altura. La salida era en forma parecida.

Algunas personas decían que el alférez Eraso estaba loco, pero lo cierto es que sacaba unos discípulos fuertes, ágiles, plenos de confianza en sí mismos.

Y así pasaron varios meses de gran actividad porque el alférez Eraso ni en pleno invierno dejaba de hacer sus ejercicios.

Cierto día del mes de Enero había caído durante la noche una fuerte nevada. Algunos de sus discípulos, entre ellos Antonio Baquedano, no fueron a clase. Eraso con los que habían asistido fué de casa en casa a re-

coger a los faltones. La madre de Baquedano salió a la escalera:

—Pero señor Alferez ¿con este tiempo vais a salir de campo?

—Señora ¿Creéis que cuando vuestro hijo esté en Flandes no tendrá que andar por la nieve y acaso dormir en ella? Ponedle una botica o hacedlo cambiante y no tendrá necesidad de salir de casa con mal tiempo.

—Tenéis razón, tenéis razón.

Y con aquella nevada llevó a los muchachos por el camino de las Améscoas. Cerca de Amillano torció a la derecha y yendo él delante como admirable ejemplo, comenzaron a trepar por entre hayas y encinos por la agria pendiente de la peña de Azanza. Todos iban provistos de garrotes, con los cuales, en algunos sitios, tenían que apartar la nieve para abrirse paso. Al cabo de hora y media de fatigas llegaron a lo alto y al abrigo de una peña que hacía una concavidad, contemplaron el espléndido, el insuperable paisaje del Valle de Allín limitado por la sierra de Lóquiz que imita con gran exactitud una gran ciudadela en ruinas, con sus baluartes, sus torreones, sus portaladas y sus grandiosos lienzos de muralla de cien metros de altura en corte vertical.

Al regreso se guarecieron un rato en la Venta de San Fausto, donde tomaron una gran tortilla con jamón, humedecida con fuerte vino de la Solana. Dieron por bien empleada la penosa ascensión.

En la venta, sin querer aludir a Juanico Leoz, salió una conversación interesante. Que se había casado la Carrasca.

—Y a propósito—dijo el Alferez—se ha dado el caso curioso de que la muchacha más guapa de Estella se case con un hombre feo y que le doble la edad.

—¿Cómo ha sido eso?—preguntó alguien.

—Muy sencillo: La Carrasca, por lo mismo que es tan hermosa era codiciada por muchos galanes pero nadie se atrevía a dirigirse a ella, sea por falta de ocasión, sea por cortedad de genio o por creerla muy enfiada con su hermosura.

Hace un mes, como sabéis, vino de Logroño una bandera de piqueros y otra de arcabuceros en previsión de una guerra con Francia. Todos los oficiales, sargentos y algunos soldados hidalgos estaban enamorados de ella, pero a distancia. El único que no se acordaba de la Carrasca era el alférez Mateo por creerse viejo y feo, y en ambas cosas tenía razón.

Sus compañeros quisieron jugarle una broma, y el más ocurrente le dijo un día:

—Que sea enhorabuena, compañero Mateo.

—Enhorabuena de qué.....

—Ya sabemos todos que hay una arrogante moza en Estella que se muere por tí.

—Dejaos, dejaos de bromas.

—No son bromas, Mateo—intervino otro—hemos sabido que tú, por tu religiosidad, y por tu formalidad has gustado a esa muchacha y hasta a su familia.

—El demonio que os crea.

—¿Quieres convencerte? Pues pásate por la calle de la Lechuga y en una tienda donde hacen chapines y zapatillas verás a esa muchacha. En cuanto pases tú verás cómo levanta la cabeza para mirarte; ya lo han observado algunos.

Por supuesto, esto lo hacía con todo el que pasaba y sin ninguna intención; pero el buen Mateo, sin decir una palabra y procurando que ningún compañero lo supiera, aquel mismo día pasó por la calle de la Lechuga y, efectivamente, la chica levantó la cabeza y miró a

Mateo, y le miró más detenidamente quizás, por lo feo que le pareció.

A Mateo le bailaba de gusto el corazón—¡Pues tienen razón mis compañeros! —pensó. Y no se anduvo en chiquitas. Se fué al capellán de la tropa y le dijo:

—Pater, yo me quiero casar.

—Bien hecho, señor alférez. De modo que tenéis novia?

—Medio, medio; por eso recurro a vos.

—¿Qué queréis?

—Que hagáis saber mi pretensión a los padres de mi... de la muchacha. Yo no estoy para andar por las esquinas haciendo el amor y perdiendo el tiempo. La chica me gusta y estoy dispuesto a casarme enseguida.

El Capellán habló con el matrimonio Carrasco haciéndoles saber la pretensión del alférez. Los padres llamaron a la chica:

—Oye, Petra; el señor Capellán casi viene a pedir tu mano. ¿Qué le decimos?

—¡Mi mano! ¿Para quién?

—El novio es un galancete. Un alférez nada guapo, de cuarenta años, pero profundamente religioso, muy formal; no quiere perder el tiempo en noviazgos, sino casarse enseguida.

La muchacha que a pesar de su belleza, o tal vez por causa de ella, no había tenido ningún novio, lo pensó un momento. Y si bien el pretendiente no se acercaba ni mucho menos al ideal de sus sueños, el deseo de abandonar el ambiente de chapines y brodequines le hizo contestar:

—Por mi parte, conforme.

—Y a los ocho días estaban casados. Podéis imaginaros la sorpresa de los compañeros del alférez Mateo. Ellos que la creían imposible.... Es que no hay

que tener miedo en dirigirse a una mujer; pero, la verdad, yo he conocido valentísimos veteranos que temblaban y tartamudeaban al hablar a una mujer de su gusto; y con las indiferentes tan correctos, tan en sí... ¡Ay amigos! Lo sé por experiencia.

—¿También vos?

—También. Yo era uno de los que se gustaban de la Carrasca. De ser más joven tal vez hubiese hecho algo parecido a lo del alférez Mateo.

—¡Si vos sois más joven y mejor parecido!

—¡Bueno; pues no me atreví!

En la primavera llegó a Estella el Comendador de Calchetas de la Orden de Malta y se llevó a Perico de Eguía y a Carlos de Arteaga que iban como novicios a las galeras de Malta. Pocos días después salían para Deva, Juan de Leoz con propósito de entrar en la galera de un pariente que la capitaneaba; con él iba para dirigirse a Laredo a fin de embarcar para Flandes, Antonio Baquedano.

Un tercer personaje marchaba con ellos: Quintín Barandalla, quien con ansias locas había pedido a Juanico que le permitiera acompañarle de criado o de perro, porque quería entrar también en una galera para ir a Indias a hacer fortuna. El perro, el famoso perro había sido llevado por unos pastores a las Améscoas.

Leoz y Baquedano, a caballo, un criado y Barandalla a pie, una hermosa mañana de Mayo salieron de Estella y tomaron la ruta de la Burunda por la sierra de Andía. No se fijaron en las bellezas que de la gran sierra se descubre, y con algunos descansos llegaron a Echarri-Aranáz. Allí se despidió el criado, y con una pequeña caravana, modo de viajar de entonces, pasando por Alsasua y por el túnel de San Adrián, haciendo las correspondientes escalas, Segura, Beasáin, Zumárraga

y Vergara, llegaron a Deva sin contratiempo en el camino en los varios días que duró el viaje. Todo lo contrario, de gran atractivo para los tres mozuelos y más para Barandalla que por primera vez en su vida comía con regularidad.



IV

LA GALERA DE LARRASPURU.—EL GALEÓN. EL BAUTISMO DE FUEGO.

En Deva creció su admiración viendo el mar y contemplando las naos que allí cargaban y las galeras que, de paso para San Sebastián o Bilbao, hacían allí escala.

Llevaban cartas para los marinos Irazábal, Anciondo y Larraspuru, de los marinos navarros Pasquier y Armendáriz. Al cabo de varios días llegó una nao de paso para Laredo y en ella embarcó Baquedano y poco después en la galera de Tomás de Larraspuru entraba Juan de Leoz como paje del Capitán hasta que llegaron a Sevilla donde transbordaría a algún galeón de la «Carrera de Indias». Barandalla tenía poca edad para andar al remo y fué admitido para ayudar a los remeros cansados y en los ratos libres como criado del Capitán. Leoz también manejaría el remo para aprender.

El primer día estaban en sus glorias. ¡Verse embarcados por fin en una galera! Les parecía aquel suave balanceo dentro del puerto de Deva una diversión, una cuna mecida por amorosa madre.

A los dos días salieron Cantábrico adelante. ¡Cristo Dios! ¡Qué meneos! ¡Qué saltos! ¡Qué subidas y bajadas! Unas veces parecía que iban a escalar el cielo; otras que iban a meterse en lo más profundo de los abismos.... Y llegó el terrible mareo. Menos mal que Larraspuru, capitán humano, había dicho a Leoz:

—Te advierto que en cuanto pasemos frente al Ma-

chichaco te marearás. El mareo parece la enfermedad más grave del mundo. No te apures. Todo eso es mentira; es una broma del mar. Todos los novicios pagan cierto tributo. El mar es muy goloso y le gusta la comida de tierra. Así te advierto que todo lo que has comido estos días pasados en Deva se lo darás al mar, a este tragón insaciable. Al cabo de unos días te acostumbrarás y llegará a gustarte el movimiento que al principio es tan terrible.

Leoz lo advirtió también a Barandalla y así prevenidos soportaron más valientemente los efectos del mareo.

Lo peor para Leoz era la noche. En las galeras sólo tenía cama, y esa muy estrecha, el capitán. Los otros oficiales dormían cerca del capitán bajo el castillo de proa. Todos los demás donde podían. Los remeros y con ellos Barandalla, en los mismos bancos donde pasaban el día. Este, acostumbrado a una vida de privaciones no vió novedad en el cambio. A Leoz sí, le afectó mucho no tener un rincón con una cama para él. Dormía vestido, cerca del timonel, envuelto en una tela embreada, sentado o en cuclillas, porque una galera no era un palacio para dormir sino un «vaso» para conducir tropas combatientes, que también dormían como las grullas.

Varios días duraron los efectos del mareo a Leoz y Barandalla. Cuando más despejados pudieron verse y mirarse detenidamente se asustaron. Parecían espectros.

—He creído morirme—dijo Barandalla.

—Y yo lo mismo.

—Si sé lo que era el mareo me quedo en Estella.

—Si yo lo hubiera sabido no hubiera dejado de venir. Todos estos marineros habrán pasado por el mismo trance.

El capitán Larraspuru cuando vió a Juanico en sus obligaciones le preguntó jovialmente:

—Qué, ¿se ha pasado ya?

—Algo, algo.

—Pues esto no es nada. Esto es el movimiento normal del Cantábrico cogido de costado. Cuando haya temporal verás lo que es bueno.

Juanico tembló. ¡Santo Dios!—pensaba—¡Qué dura es la vida del marinol

El capitán comía con el piloto, servidos por Leoz en calidad de paje. La comida era bien sencilla: un guisado de alubias o habas con tocino, y un pedazo de cecina o de jamón. Un jarro de vino y un vaso de aguardiente. Algún pimiento o guindilla en vinagre y una galleta, llamada bizcocho, dura como la roca. Los viernes, huevos.

Leoz comía con el timonel lo que dejaba el capitán, mas cecina o jamón propio que añadían por su cuenta. La comida de Barandalla, como la de todos los marineros era cenobítica, habas con tocino y media pinta de vino por cabeza. Los días festivos un vaso de aguardiente.

Cuando tocaban en tierra no se hacía comida a bordo. Cualquiera mala taberna les servía pitanza más agradable por ser fresca y variada.

La mayor parte de los tripulantes eran vascos, muy buena gente, de pocas palabras. A todos los trataba Larráspuru con paternal cariño; pero cuando soltaba la interjección vasca *jarrayua!* todos temblaban y hacían el esfuerzo máximo para no incurrir en sus iras.

Juanico hizo amistad con Antón Arriola, el timonel, pariente de Larráspuru y de otros capitanes. Como Juanico Leoz, había hecho su aprendizaje en el oficio del mar para ser con el tiempo capitán, tenía 25 años pero en su ingenuidad no pasaba de 15; por eso hizo buenas migas con Leoz. Hablaba muy mal el castellano.

—¿Cuanto tiempo llevas en el mar?—le preguntó Leoz.

—Ocho años: «sinco» en «este» galera.

—¡Cinco años en esta galeral...

—Si; «sinco», pero pronto pasar a galeón con capitán. En galeón estar mejor. En galera «azco» mucho frío invierno; dormir mal.

Por Arriola se enteró de que en las galeras reales la vida era horrible. Los remeros eran forzados, es decir, criminales condenados a morir en el remo, de los cuales no se podía fiar por sus malas mañas; todos a pesar de los fuertes castigos, eran ladrones, aprovechaban el menor descuido para apropiarse de lo que podían.

—Sobre todo cuando cómitre «desir» ¡fuera ropal repartía una de «latigasos» que «miedo meter hasía».

Cuando doblaron el cabo de Finisterre entraron en un mar más tranquilo que el fiero Cantábrico; hicieron escala en Lisboa, población que maravilló a Leoz.

—¡Yo creí que el pueblo más grande era Pamplo-nal...—exclamó Barandalla.

Leoz, a veces, manejaba el timón, ayudaba a izar alguna vela, trepaba al cesto, que así llamaban a la cofa; iba conociendo los secretos de la brújula y se aficionó de lleno a la vida del mar. Ya no se mareaba. Para él, como había dicho el capitán Larraspuru, era un placer el movimiento de la galera sobre las olas. Además los mares por donde navegaban no tenían la brusquedad del Cantábrico y le parecía menos difícil el oficio de marinero; penoso, si, más que ninguno de tierra.

Por Sanlúcar de Barrameda entraron en el río Guadalquivir. Aquella navegación tierra adentro sí que tenía atractivo. ¡Navegar entre olivares, entre naranjos y limoneros, a través de palmeras, de campos cultivados!

Y llegaron a Sevilla, la maravillosa, la opulenta metrópoli de España y de América y casi de Europa. Allí había naves de todas las naciones del mundo que iban a negociar sus productos para llevarse el oro que en abundancia aflucía de Indias. Los muelles del Guadalquivir eran un hervidero humano.

Leoz, Arriola y Barandalla, anclada la galera, pudieron recorrer la magnífica población de tan intenso comercio. Se dieron el placer de comer en un colmado o taberna una ración de sopas, huevos frescos, pescado frito, carne asada y buen trago de manzanilla; pero no abusaron de esta bebida porque Leoz no quería perder la dignidad presentándose borracho ante su capitán.

Más de un mes permanecieron en aquella urbe dando por bien empleadas las penalidades pasadas. ¡Qué buena la vida de la gente del mar! Ver mundo, visitar tan grandiosas poblaciones.....

Había en la ría varios galeones. Larraspuru llamó a Leoz y le dijo:

—Desde mañana ya no mando esta galera. Me voy de capitán a un galeón con Arriola, y como he visto que tú llevas traza de ser buen marino, te brindo una plaza en mi galeón.

—Si pudiera ir Barandalla.....

—Irá Barandalla.

Y he aquí como pasaron de la galera al galeón, que era como pasar de la choza al palacio. Para Leoz era completamente desconocida esta clase de embarcación; pero lo mismo le ocurrió en Deva con la galera y se hizo a ella.

Barandalla salió ganando; dejaba el duro remo de trabajo tan agobiador. En el galeón tenía que aprender a trepar por los obenques, mantenerse en los mastele-

ros; manejar las velas, pero todo se aprendía y más con un capitán tan humano como Larraspuru.

El galeón «Virgen del Mar» donde entraron nuestros amigos era muchísimo mayor que la galera; la navegación, a vela, sin remos; tenía hermosos castillos a popa y proa y dos cubiertas. Todos tenían techo para dormir. Llevaba diez cañones por banda amarrados a fuertes cureñas.

Leoz seguía de paje del capitán, pero practicando toda clase de servicios. Barandalla fué agregado a la artillería y su buena maña hizo que Larraspuru estuviese muy satisfecho de su comportamiento. El cañón de Barandalla era el más limpio y todas sus piezas suplementarias estaban siempre en perfecto orden. Al salir de Sevilla, Leoz y Barandalla actuaron por vez primera, bajo la dirección de Larraspuru, de artilleros disparando en salvas sus cañones.

Arriola seguía de timonel. Leoz le substituía en los ratos de descanso.

En la larga navegación hacia las Indias, Leoz y Barandalla completaron su educación marinera. Muy superior la de Juanico porque recibía lecciones directas del capitán al que había ganado toda su confianza. Es verdad que Leoz tenía estudios muy superiores a los de todos los tripulantes del galeón, que eran todos marineros rudos, vascos en su mayoría.

Leoz estaba muy satisfecho en el galeón. Se podía pasear, se podía hacer ejercicio, que la estrechez de la galera no permitía. Ya subía con facilidad hasta el mastelero del palo mayor gracias a los ejercicios del alférez Eraso, en Estella. Por los obenques trepaba a pulso, lo que no hacía ningún marinero y daba saltos prodigiosos con gran admiración de todos. Era un gran gimnas-

ta, la mejor cualidad para un buque de navegación de vela.

Según se descendía hacia el Ecuador el calor se hacía más intenso; todos los marinos simplificaron su indumentaria llevando tan sólo los gregüescos. Barandalla decía que iban a mala tierra para los sastres por la poca ropa que se necesitaba.

En aquella larga navegación de días aburridos, Larraspuru se franqueó con Leoz y con Arriola. Un día les dijo:

—Tengo plena confianza en vosotros y os voy a dar una lección para que podáis ser buenos capitanes.

En navegaciones de altura es importante conocer la proximidad de tierra sin verla. Hay que observar las nubes, las aguas, los peces. Las nubes en las cercanías de tierra son bajas, manchosas y suelen ocasionar turbonadas. Las lejanas a tierra son altas, blancas y forman curiosas figuras: castillos, leones, carros triunfales, hasta grupos de seres animados.

Las aguas de alta mar son límpidas y oscuras, las de la costa o cercanías más claras y turbias.

Los pájaros de tierra no se posan nunca en el agua y vuelan alto, las aves marinas vuelan bajo porque van a pescar.

Los peces anfibios, como lobos marinos, ballenas y tortugas, buscan su alimento en las cercanías de la costa. Con que tengáis esto presente habréis adelantado mucho.

Tomando un día la altura con el astrolabio, Larraspuru llamó a los oficiales (el piloto, el condestable y el timonel) y les dijo:

—Vamos a entrar en la zona peligrosa y desde mañana hay que navegar, sobre todo de noche, con grandes precauciones porque pudiéramos tropezar con algún

buque holandés. Vos, condestable, preparad las cargas para los cañones, las armas blancas y los arcabuces. Si vemos enemigo ya tomaremos otras disposiciones del momento.

Para engañar al enemigo mandó cubrir los cañones con telas enceradas en forma que parecieran cajas de mercaderías.

Pasaron por las Bermudas y un amanecer vieron a sotavento unas velas. Larraspuru miró con su catalejo y aunque había bastante distancia ordenó:

—¡Zafarrancho de combate! Todo el mundo a su puesto.

Gran emoción en todos los tripulantes. Los artilleros se colocaron agachados tras de sus cañones dispuestos a quitar las lonas en el momento oportuno. Se quitaron los tapabocas a los cañones. Tras las armuras se colocaron los arcabuces y los arcabuceros en forma de que por cubierta se viese andar poca gente. Por la popa se lanzó un calabrote al agua para aparentar navegación dificultosa.

Junto al palo mayor se colocó un cubo con serrín para cuando corriera la sangre, y en diferentes sitios, al alcance de todos, se colgaron madejas de filástica para restañarla. Bajo cubierta el cirujano con un practicante preparaba instrumentos y botiquines.

—Tú conmigo,—dijo Larraspuru a Leoz—¿Ves ese barco? Pues nos quiere dar caza; es menor que el nuestro, pero de más andar; dentro de una hora estaremos a tiro. Si nos cree peor armados nos atacará. Para engañarle, para que crea que vamos de carga he cubierto la artillería. ¡Buen chasco se van a llevar!

Efectivamente, al cabo de una hora el buque sospechoso soltó un cañonazo. Su proyectil quedó corto.

—¡Quieto todo el mundo!—gritó con la bocina el

capitán.—Conviene que se acerque más para enviarle nuestra andanada.

Salió un segundo cañonazo; también la bala quedó corta. Larraspuru observaba con atención. Cuando supuso que estaban a tiro ordenó:

—¡Fuera encerados! ¡Apuntad bien y que cada uno dispare sobre seguro!

Descubierta la artillería el «Virgen del Mar» soltó toda la andanada de babor. Larraspuru mando virar en redondo para poder disparar la otra andanada. Al mismo tiempo observó con su catalejo y dijo a Leoz:

—Le hemos hecho pupa; parte de la obra muerta ha saltado y la vela latina anda colgada hecha un guiñapo. A la chusma le habrá tocado su parte.

Pero con todo esto también el buque enemigo hizo algunos disparos de cañón; pero sin duda se vió inferior al que quería cazar y aprovechando sus mejores condiciones marineras se puso fuera del alcance de las piezas de Larraspuru. Este no quiso perseguirle porque era perder el tiempo y siguió su viaje a la Habana.

Al pasar el canal de Bahama, Larraspuru dijo a Leoz:

—Siempre que pases navegando por este canal acuérdate que tienes un pie en el otro mundo.

—¿En América queréis decir?—preguntó este con ingenuidad.

—No, en el mundo de los muertos. Este canal se ha tragado centenares de barcos con millares de tripulantes. Aquí se desarrollan unos huracanes tan espantosos, de tan violenta fuerza que es para temblar. Hay que pasarlo siempre con precauciones por si se mueve el viento. Aquí nada de confianza, nada de dormir.

Afortunadamente llegaron a la Habana sin más contratiempo que unos marineros enfermos por la fatiga del viaje y deficiencia de la alimentación.

V.

EN EL GOLFO DE MÉXICO.—LEOZ, CAPITÁN.

El galeón «Virgen del Mar» como todos los que llegaban a la Habana después de la entonces larga navegación desde España, necesitaba un detenido calafateo y una limpieza general en su interior. En esos trabajos a que ayudó también la tripulación se pasaron tres meses de vida tranquila.

Leoz y Arriola «la corrieron» por la Habana pero sin los excesos a que se entregaba la generalidad de la gente de mar que se embriagaba y armaba pendencias en tabernas y en casas donde se rendía culto a la sensualidad.

Barandalla... ¡Oh! Barandalla se desquitaba de las privaciones que en Estella le había hecho pasar Tragapintas su amantísimo padraastro. En la Habana ¡quién lo había de pensar! en la Habana creció ante Barandalla la figura de Tragapintas. El hijastro seguía el mismo camino: un ferviente más, adorador de Baco. Recordaba lo que solía decir su, en mosto, ilustre padraastro: «En la tierra tenemos paraiso y cielo. El paraiso es la taberna habiendo maravedíes en la bolsa; el cielo ¡Oh! el cielo es una bodega con cubas a espita libre, de diferentes vinos.»

Si hubiera tenido dinero en abundancia habría ganado el adjetivo no de Tragapintas sino de Tragaazumbres. En esto era el campeón del «Virgen del Mar». Menos mal que conservaba un cariñoso respeto a Leoz.

un miedo cerval hacia Larraspuru desde un día en que con otros dos marineros se presentó convertido en odre de vino en el «Virgen del Mar». Entonces es cuando se oyó el terrible «*arrayua*» del capitán, seguido de un diluvio de golpes con el rebenque, que dejó a Barandalla y compañeros más blandos que un guante de gamuza. También entonces se acordó el estellés de su padrastro en su aspecto de curtidor o bataneador de pieles, porque quedó chiquito ante la perfección de Larraspuru.

Cuando terminó el calafateo del galeón fué con otros varios formando armada a Veracruz, de Veracruz a Cartagena de Indias, de allí a Puerto Cabello, a La Margarita, luego a Puerto Rico y dando la vuelta por el sur y el poniente, de Cuba a la Habana. Más de un año de navegación y escalas.

En tantos viajes Arriola y Leoz alternaban no sólo en el servicio de timonel sino en el de piloto. Larraspuru quería prepararlos para ser buenos capitanes. También Barandalla estaba en camino de ascender porque alternaba en las prácticas del timón, siempre con la cabeza despejada desde que Larraspuru le había dicho:

—Si un día te veo borracho ¡te arranco la piel!

Así consiguió mantener a bordo una rigurosa disciplina sin ser duro ni tirano; todo lo contrario, se hacía querer y respetar porque era imponderablemente justo, muy entendido en las cosas de mar y valeroso cuando llegaba la ocasión. Además, lo que pocos capitanes hacían, daba a su tripulación en Europa su ración de vino en todas las comidas; en Indias una copa de aguardiente de caña muy del gusto de los marineros, y en dos épocas permitía la embriaguez a los que no estaban de servicio: en Nochebuena y el día de su santo, Santo Tomás.

Después de numerosos viajes por el golfo de Méxi-

co, Larraspuru fué nombrado Almirante y Jefe del Apostadero de Cartagena de Indias. Allá fué con el «Virgen del Mar» del que nombró capitán al buen Arriola.

Quiso probar la competencia de Leoz dándole el mando de una pequeña nao de servicio en Cartagena. A Arriola y a Leoz como hombres de su plena confianza les dió varias comisiones para puestos de tierra firme y de las Antillas y de todas quedó satisfecho el Almirante, que después de numerosos viajes en redondo por todos los puertos del golfo de México nombró capitán efectivo a Leoz, dándole el mando de un galeón. Barandalla ascendió a timonel con la condición de no beber más que la ración ordinaria mientras estuviera embarcado.

Con la flota de Armendáriz y custodiando las naves que de Nueva España llevaban grandes cantidades de plata para España hizo el viaje Leoz mandando un galeón de la flota de Larraspuru. Una armada holandesa le salió al encuentro con propósito de apoderarse de la plata de los galeones. Se tomaron por Armendáriz y Larraspuru tan acertadas disposiciones que la flota llegó a Cádiz sin el menor contratiempo.

En Cádiz obtuvo Leoz permiso para ir a Navarra mientras la flota no volvía a América. En una nao vizcaina fué a desembarcar en Bilbao, donde por Vitoria, al cabo de unos días se vió en la Estella de sus sueños. Como habían pasado varios años desde que salió halló novedades: la abuela había pasado a mejor vida a reunirse con su santo antepasado, y fué recibido en triunfo tanto por su tía como por su madre al verle volver de capitán de un navío, sano, fuerte, hecho todo hombre.

Visitó a sus tías, las madres de Perico Eguía y de Antonio Baquedano. Perico era capitán en la artillería de las galeras de Génova; Baquedano alferez en los Ter-

cios de Flandes. Fué a postrarse a los piés de la Virgen del Puig y a los de la de Irache, donde el hermano lego de marras le abrazó con entusiasmo diciéndole:

—Así me gusta. Los estelleses siempre valientes. A ver si te vemos pronto de Almirante.

Una de las primeras visitas que hizo fué a la madre de Barandalla, a la que entregó a espaldas de su marido que seguía incorregible, una bolsa con cincuenta ducados como cincuenta soles. La pobre mujer creyó volverse loca de alegría.

—¿Se porta bién mi Quintín?

—Es muy hábil marinero. Está de timonel.

—¿Y eso es mucho?

—Lo bastante para ganarse la vida y vivir bien.

No pudo detenerse en Estella más de un mes. Pasó a San Sebastián que mantenía mucho comercio con La Guaira, y embarcó en un galeón que había de pasar por Sanlúcar de Barrameda. En Sanlúcar transbordó a una nao que le condujo a Sevilla donde tomó de nuevo el mando de «Nuestra Señora de Uxué» que así se llamaba su galeón. En cuanto llegó dió noticias de su madre a Barandalla.

—¿Y Estella? Estará hecho una preciosidad...

—Más bonito que la Habana. Aquellas montañas... aquellos olivares... aquellas huertas...

—Y aquellas chicas...

—Si que son preciosas. Si llego a casarme ha de ser en Estella.

—¿Se puede saber con cuál?

—Con cualquiera. En siendo de Estella...

La armada regresó a Indias. Larraspuru iba de General. Los galeones que habían conducido plata a España regresaban con cargamento de caballos y mulos, vino, grandes cantidades de tocino y mercaderías varias.

En el peligroso Canal de Bahama corrieron violento temporal que ocasionó la pérdida de varias embarcaciones con su tripulación, y gracias a que pudieron las demás entrar en el puerto de la Habana antes de que desarrollase el temporal toda su enorme violencia. El buque de Leoz sin novedad.

Después de varios días de arribada forzosa siguieron a Veracruz. Allí limpió fondos el «Nuestra Señora de Uxué» y con otros galeones bien armados hicieron una expedición a las Tortugas, donde se señaló la presencia de buques de bucaneros o piratas. El temporal separó a los galeones y el de Leoz tropezó a los pocos días con dos buques sospechosos. Leoz estaba satisfecho porque iba a combatir sin depender de nadie.

—¡Zafarrancho de combate!—gritó.

Muchas veces en aburridas navegaciones había hecho simulacros de combate para que todos los tripulantes supieran sin vacilar cual era su puesto. Lo mismo que Larrasporu, había cubierto su artillería con encerados para parecer barco mercante. En las dos cofas puso cuatro excelentes tiradores, armados de espingarda, arma que tenía mejor eficacia que el arcabúz. Toda la parte de proa, por donde pensaba embestir, la embadurnó de jabón para hacer el suelo resbaladizo, y a cuatro marineros les dió unos saquitos con pimienta molida, muy picante. También colocó cuatro cajas de cal viva pulverizada.

Maniobró muy acertadamente en forma que el viento le daba por la popa. Uno de los buques sospechosos inició el combate disparando cañonazos que hicieron algún daño en el velamen y en la obra muerta. Los suyos guardaron silencio haciendo creer que no tenían artillería. Esto animó al enemigo que se acercó muy confiado armando gran gritería. Cuando estaban a tiro eficaz

descubrió Leoz sus cañones: hizo una descarga que ocasionó gran perturbación en el enemigo y largó todo trapo para embestirle. Su bauprés se enredó con los obenques y jarcias del enemigo que parecía esperar este momento para pasar al abordaje al buque de Leoz. Vociferando espantosamente y agarrándose al cordaje con hacha y puñal en mano saltaron al galeón. En aquel momento arrojaron los de Leoz puñados de cal a los asaltantes que cegados y resbalando en el jabón no pudieron por el momento defenderse. Los de Leoz se echaron como fieras sobre ellos y allí mismo mataron a casi todos los asaltantes.

Al mismo tiempo los de las cofas disparaban sobre los que parecían jefes y sobre los artilleros.

En el buque enemigo quedaban pocos defensores sobre cubierta. Los de Leoz entraron en él luchando como fieras hasta que los dominaron. Pero en aquel momento el otro buque enemigo, de menor porte, se acercó para disparar su artillería sobre seguro ya que a distancia no lo hizo por no dar en su compañero.

Leoz con los que habían quedado en cubierta, acudió a este nuevo peligro; dispararon la artillería de esta banda con tanto acierto que inutilizaron a su contrario el cual procuró alejarse del sitio del combate.

Enredados el «Nuestra señora de Uxue» con el enemigo, hubo necesidad después de ser completamente dominado, de romper a hachazos bauprés, cordajes y jarcias para desembarazarse. Algunos hombres de Leoz quedaron en el buque enemigo. Allí fué también él con Barandalla y aún tuvo necesidad de pelear con algunos escondidos en la bodega que hicieron tardía defensa, hasta que fué completamente dominado. Leoz sangraba de dos heridas. Barandalla se las vendó provisionalmente pero tuvo necesidad de pasar a su camarote porque

perdía fuerzas con la hemorragia de una de ellas, la más grave, en un costado; la otra en un lado de la frente no tenía importancia.

Echaron un remolque al buque prisionero y navegaron dificultosamente hacia Guantánamo.

En su camarote supo que el buque enemigo era holandés, armado de treinta cañones, con doscientos hombres de tripulación de los que habían sido hechos prisioneros, sanos, cuarenta, y un número aproximado de heridos; los demás habían ido al fondo del mar.

Cerca de Guantánamo se encontró con la flota del marqués de Cadreita, Almirante navarro que pasó a bordo de «Nuestra Señora de Uxué.» Leoz estaba en su camarote cubierto de vendajes.

—¡Señor Almirante! exclamó emocionado al ver al Marqués, y tratando de incorporarse.

—Quieto, señor capitán Leoz. He querido felicitaros por vuestra victoria de la cual daré cuenta a Su Magestad (profunda reverencia). Y no sólo daré cuenta de su hazaña, sino que pediré un Hábito en recompensa de su valor.

Con el Marqués de Cadreita fueron entrando en el camarote varios Almirantes, Capitanes navarros y vascos; Pasquier, Egüés, Larraspuru (hermano del maestro de Leoz), Garaicoechea, Mencos, Elizalde, Ursúa, Anciondo, Larrazábal y otros muchos que felicitaban a Leoz. Resultaba que el buque holandés apresado era el «Almirante», muy temido en aquellas aguas.

Más de tres meses estuvo Leoz en el lecho del dolor y dos meses en convalecencia. En este tiempo llegó a la Habana, donde Leoz convalecía, el decreto real haciéndole merced del Hábito de Santiago, dón preciado que el Marqués de Cadreita aumentó nombrando Almirante a Leoz.

VI.

ALMIRANTE... Y MARTIR

Cuando estuvo completamente restablecido obtuvo el mando como Almirante, de varios galeones. Hizo un viaje a España, sin poder ir a Navarra por la urgencia del regreso a Indias, y con su escuadra navegó durante años por todo el golfo de México limpiándolo de navíos bucaneros que habían pretendido dominar en aquellas aguas. Varios fueron los combates, siempre con éxito, y cada vez más brillante la fama adquirida por el Almirante D. Juan de Leoz.

Formando parte su escuadra de la flota de Benavides corrió un violento temporal que echó varios navíos a las costas de Matanzas. También la almiranta de Leoz naufragó; pero tales disposiciones tomó, tal serenidad demostró que puso a salvo a casi toda su gente, siendo él el último que abandonó el buque. Esta conducta del excelente marino contrastó con la de otros menos serenos que vieron perecer a casi toda su tripulación. La rada de Matanzas presenció uno de los muchos desastres marítimos sufridos por buques españoles en el canal de Bahana; pero Leoz hizo honor a su reputación.

Barandalla en la orilla, medio desnudo y chorreando agua, tuvo humor para decir a Leoz:

—Este naufragio es más serio que el de nuestra lancha en el río Ega. ¡Ay, Estella, Estella! ¡Cuándo me veré por allí!

—Cuando hagamos una buena presa y seas rico.

Pero Barandalla, saliendo del peligro, tenía apego a la vida de mar porque ganaba buena soldada, además no tenía nada de cobarde y eran muchos los días que lo pasaban bien y pocos los de peligro. Leoz con su elevado cargo de Almirante se había hecho grave, meditabundo. Tenía sobre sí muchas responsabilidades y no estaba satisfecho de la pericia ni de la suerte de su General D. Juan de Benavides, de linajuda familia, muy valiente como capitán, pero poco entendido como General; Leoz como subordinado no podía criticar sus desaciertos.

En 1628 muy reducida la armada de Benavides, de la que era Almirante Leoz, se dirigió desde Veracruz a las costas de Cuba. Se sabía que por aquellas aguas cruzaba una fuerte armada holandesa y Leoz iba malhumorado porque el general ni había reunido consejo de capitanes, ni dado más órdenes a los buques de seguir el rumbo de la Capitana.

—Señor Almirante—le dijo uno de sus oficiales—sospecho que tenemos un buque enemigo cerca de nosotros.

Y señaló una urca que navegaba con igual dirección que la Armada. Leoz dirigió a ella su anteojo y dijo:

—Es verdad. Se trata de una urca holandesa aunque no lleva bandera. Veremos qué dispone el General.

—¿No podríamos soltarle un cañonazo?

—Imposible; las instrucciones son sólo si el enemigo ataca un buque nuestro, entablemos combate. Pero si yo fuera el General le daría un encontronazo antes de que avise a los suyos, que seguramente no andarán muy lejos; pero no con la Almiranta porque aquí llevamos la plata de Su Magestad.

La urca se fué separando. Llegó la noche y se pasó sin novedad; pero al amanecer del siguiente día se vieron a lo lejos numerosas velas que no podían ser otras

que las enemigas. La urca sospechosa había desaparecido.

—De aquí a la Habana, costeano podemos llegar a tiempo de salvarnos—dijo Leoz al capitán de la Almiranta. Veremos qué hace la Capitana.

—¡Válgame Dios!—exclamó a poco Leoz—¿qué hace el General? ¿A dónde nos lleva?

—Sin duda a Matanzas...—opinó el capitán.

Ese es el rumbo. ¡Qué disparate! ¡Si allí no tenemos ninguna defensas!...

Y hacia Matanzas—¡nombre simbólico!—fué la armada. La Capitana entró en el canal. La Almiranta de Leoz había forzado trazo para ponerse al habla y entró tras ella.

De la Capitana salió un enorme crujido y quedó parada de repente. Había varado. Leoz corrió al timón para con la fuerza de la inercia, no chocar con la Capitana. Barandalla, hábil, había virado a tiempo para pasar por el costado de babor, pero también se oyó el siniestro crujido de la varadura.

—¡Lo que yo me temía!—clamó Leoz iracundo.

Por lo estrecho del canal y la velocidad adquirida, huyendo del enemigo, dos galeones que seguían a Leoz, vararon también, uno cerca de la Capitana, otro junto a Leoz, en forma de que éste estaba encajonado entre dos buques, y por consiguiente imposibilitado para hacer uso de la artillería de las bandas.

El enemigo, dos formidables escuadras, comenzó el cañoneo desde lejos. Benavides ordenó el abandono de los buques, orden que se comunicó a voces, desmoralizando a todos los tripulantes.

Entre el cañoneo enemigo, las lanchas comenzaron a llevar gente a tierra. Leoz arengó a los suyos prometiéndoles dos mil ducados suyos si defendían bien el

buque. Muchos se dispusieron a hacerlo. Leoz ostentando como gala el Hábito de Santiago, y con la espada desnuda, animaba a los suyos con viriles interjecciones. Barandalla, inútil en el timón, acudió presuroso a la artillería de los guardatimones y comenzó a disparar cañonazos al enemigo, animando a los artilleros. Leoz también ayudó personalmente cuando vió que su gente obedeciendo las voces de su Capitana abandonaba el buque.

En tanto seguía el cañoneo cada vez más intenso.

—¡No viene nadie!—gritó uno de los marineros.

—¡Cómo nadie!

—Las lanchas para el desembarco han quedado en la orilla abandonadas. Todos corren tierra adentro.

Leoz contó su gente. En total no pasaban de veinte personas; pocos sabían nadar.

En aquel momento acodaban junto a los cuatro buques varias urcas enemigas.

Leoz comprendió que nada podía hacer. Si quemaba el buque perecían aquellos veinte hombres que eran lo mejor de la tripulación, los más valientes, los más leales.

Se despojó del Hábito de Santiago; rompió la espada que arrojó al mar y se presentó con sus compañeros a un pelotón de enemigos que en aquel momento, el hacha de abordaje en la mano, irrumpía la cubierta del buque de Leoz.

Como todos los españoles estaban en mangas de camisa, los holandeses los tomaron por simples marineros. El jefe Piet Hein, que había remado cuatro años, por pirata, en las galeras de España, les dijo en correcto español:

—Compañeros: podéis ir con los vuestros; sois libres, tomad nuestra lancha.

Leoz y compañeros, no se hicieron repetir la orden. Embarcaron en la lancha de los holandeses y marcharon a tierra, donde, unidos a otros que tampoco habían recibido daño, se internaron marchando hacia Matanzas. Los holandeses, que codiciaban el buque de Leoz, donde sin duda sabían iba la plata, satisfechos con su presa, quedaron transbordando su contenido sin causar más daños; si bien al marchar incendiaron los restos de los buques españoles.

Gran consternación había en Matanzas ante el temor de un ataque del enemigo. Las familias se internaban angustiadas en los bosques próximos. Benavides, Leoz y los oficiales de la vencida armada se presentaron al Gobernador para preparar la defensa de la plaza, pero no fué necesario porque el enemigo desapareció a los pocos días.

Benavides lloraba y se mesaba los cabellos. Leoz, taciturno, no despegó los labios. Barandilla procuraba consolarle.

—¡Qué torpes hemos estado!—fué la primera frase de Leoz.—No merecemos perdón.

En el primer barco de cabotaje pasaron a la Habana donde en un galeón embarcaron para España, Benavides, Leoz, los capitanes de los buques perdidos y Barandilla. La navegación fué triste. Benavides comprendiendo su grave responsabilidad iba desesperado.

Llegado el galeón a Sanlúcar, antes de proseguir el viaje a Sevilla, fueron desembarcados Benavides y Leoz, y encerrados en una torre. Barandilla también quedó en Sanlúcar, pero cuando quiso ver a Leoz, el alcaide de la prisión le dijo:

—Es inútil que pretendáis verle. Hay orden terminante de que no hable con nadie.

Barandilla tenía algún dinero de Leoz y suyo que

había podido recoger en la Habana en cierta casa comercial. Con aquel dinero fué tirando una temporada. Todos los días iba a la torre a preguntar por Leoz y nunca obtuvo la menor noticia.

—¿Podré traerle de comer?—preguntó un día.

—A él no. Todos los presos de esta torre viven a pan y agua.

Si dáis alguna limosna ha de ser para el fondo general, para todos.

A los pocos meses, al preguntar como siempre, le dijeron:

—Hace tres días él y el general Benavides han sido conducidos al castillo de Carmona.

—¿Cómo no me lo digísteis antes?

—Contento os podéis ver con saberlo ahora.

Barandalla fué a Carmona. Le quedaba muy poco dinero y antes de que se le acabara entró de criado en una hostería, siempre con la mira de poder auxiliar a Leoz. Tampoco pudo verle en Camona.

Pasaron meses ¡y años! Al quinto año supo, porque de público se decía, que se había dictado sentencia. Entonces tuvo permiso para verlo.

Y le vió ¡Santo Dios, en qué estado!

En un calabozo de poca luz, encadenado a una argolla, completamente desnudo, flaco, con una luenga barba, echado sobre un montón de paja. A Barandalla se le hizo un nudo en la garganta, se echó a los piés de Leoz y rompió a llorar.

Leoz emocionado le hizo levantar, le abrazó tembloroso y mezcló sus lágrimas con las de su amigo. Al fin pudo hablar:—¡Quintín, mi amigo, mi hermano!

¿Qué ha resultado del proceso?—preguntó Barandalla con temor.

—Que al General lo han llevado a Sevilla para degollarlo.

A mí me envían confinado para toda la vida al Peñón de la Gomera, en Africa. ¿Por qué no morí en Matanzas?

El carcelero dió dos golpes con el manajo de llaves sobre la pared y dijo:

—Basta. Se vá a cerrar la fortaleza.

Barandalla en un momento se despojó de casi toda su ropa y se la dejó a Leoz, con el dinero que le quedaba.

—Adiós, adiós.—le dijo lanzándole una dolorosa mirada.

—Adiós... Rogad por mí a la Virgen de Puig.

El carcelero tuvo que sacar a empellones a Barandalla que salió llorando; y llorando quedó Leoz en el calabozo.

Al siguiente día se enteró Barandalla de que no se le permitiría ir al Peñón, y que no fuese más por el castillo porque no podría ver al preso. Con el corazón partido se fué a Sevilla llegando a tiempo para ver cómo era degollado en la plaza pública el General Don Juan de Benavides y Bazán.

¿Cuánto tiempo vivió en el Peñón el Almirante Leoz?

Se ignora. Lo cierto es que murió sin poder rehabilitarse.

Y Barandalla cuatro meses después, estaba de lego en el convento de Irache.

En Estella nadie supo una palabra de esta lamentable historia.

FIN

INDICE

	<u>Página</u>
1 Los muchachos de Estella.—El perro Tragaldabas.—Ba- randalla	9
2 La vocación de Juanico de Leoz.—Las maravillas de Irache	21
3 La abuela terrible.—El alferéz Eraso.—La boda de la Carrasca	32
4 La galera de Larraspuru.—El galeón.—El bautismo de fuego	41
5 En el golfo de México.—Leoz Capitán	50
6 Almirante.... y mártir	57



